

# GERARDO DENIZ

## *La primavera en el fondo del colon*

Las bacterias cocteau se apiñan para ver llegar la sonda o lavativa.  
Un caballito de mar gira desolado, enmierdado,  
buscando en el limo sus herraduras perdidas.  
La sirenita, recostada bocabajo, se lima uñas fecales;  
de su culo escamoso asciende una columna ininterrumpida de burbujas  
por la cual la joven ágil trepa cuando requiere remontarse y asomarse a la superficie  
para tomar aire. La juventud ansiosa  
de placeres bucofaríngeos, casi no los goza,  
porque su práctica obliga a ingerir un desagradable galón de caca amarga.  
El trabajo callado de la isostasia eleva hasta los bigotes de la industria  
nódulos de manganeso –vienen del bazo negligente. En fin, lo provechoso y lo nocivo  
se trenzan como en trenza de sirvienta jovenil o  
el pelambre público de Anfítrite artrítica, hirsuta y mediterránea.  
Con frecuencia topa uno con montones de huesos y armas obsoletas,  
trabucos, arcabuces y sables de caballería predominan,  
testimonios entrañables de viejas batallas victoriosas entre microbios y dictadores viscerales,  
si bien luego del tratado intestinal en Tuscarora  
fue alcanzado un equilibrio hegémónico relativamente estable  
y se trazaron las fronteras entre naciones profundas  
que en nada concuerdan con las lindes  
de nos, petulantes pisaverdes –según llaman allá adentro  
a quienes hollamos estos humus purulentos pletóricos de gangrenas.

El treintidós de marzo escar necen un áscaris u otro helminto,  
lo sacrifican a puñaladas  
y la primavera rige oficialmente  
en todas las tripas del señor,  
como en la barriguilla, relleno rico barroco, de la muchachilla–  
hasta la hebilla o Eva de San Juan  
–como escribió aquel amigo tan–  
(Si esa Eva llega, que entre a verme enseguida. Verne he dicho.) —